

 HARLEQUIN

Bianca™

A romantic couple is shown in a close embrace on a bed. The woman, with long dark hair, is wearing a black lace top and a vibrant magenta skirt. She is looking up at the man with a soft expression. The man, with short dark hair, is wearing a dark grey shirt and has his arms around her. They are lying on a bed with a grey tufted headboard. In the background, a large window reveals a city skyline at night, with lights from buildings and a bridge visible. A silver sequined pillow is also on the bed.

Dani Collins
UN ENCUENTRO ESPECIAL

_____BiancaTM_____

UN ENCUENTRO
ESPECIAL

Dani Collins



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2021 Dani Collins
© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Un encuentro especial, n.º 2933 - junio 2022
Título original: Her Impossible Baby Bombshell
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1105-695-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Prólogo

El amor era un asco. Ivy Lam lo tenía claro.

No era una persona cínica por naturaleza, pero solo había ido a aquella fiesta de compromiso por educación. Le había enviado un mensaje a un antiguo compañero preguntándole si podían quedar a tomar un café para hablar de un posible cambio en su carrera y, como resultado, había recibido la invitación: *Si estás en la ciudad, ven a la fiesta. Podrás hacer muchos contactos*, le había escrito Kevin.

Así que había comprado una botella de vino y se había gastado demasiado dinero en un vestido nuevo. Se trataba de una barbacoa por la tarde, en uno de los barrios más elegantes de Vancouver y necesitaba causar buena impresión a un posible nuevo jefe. Así de fácil.

El vestido era de color rosa empolvado con flores, con un cierto aire años 50, entallado y sin escote, pero que realzaba sus pequeños pechos.

El esfuerzo no le había servido de mucho. La mayoría de las mujeres iban vestidas de manera mucho más atrevida, pero Ivy llamaba la atención y se sintió completamente fuera de lugar.

Aquella era la historia de su vida. No era una persona introvertida ni extrovertida. Era común y corriente, lo que la convertía en alguien demasiado aburrido para ser el centro de la atención, pero perfecta para hacer bulto.

No obstante, Kevin había tenido razón acerca de su lista de invitados. Había importantes personas del sector inmobiliario, bursátil y financiero. Incluso un multimillonario de verdad, a juzgar por los comentarios que Ivy había oído.

Tsai Jun Li era... daba igual lo que fuese, pero Ivy había sentido calor cuando Kevin se lo había presentado, aunque no hubiese ido allí en busca de un hombre.

Por lo tanto, no le había importado que unos segundos después de la presentación una exuberante rubia se lo hubiese llevado. De todos modos, Ivy no quería obsesionarse con un hombre al que no le interesaba. Ya le había ocurrido una vez.

Aunque fuese, sin exagerar, el hombre más atractivo que había conocido en toda su vida.

No. Lo mirase como lo mirase, allí no había nada para ella. No podía dedicarse a buscar trabajo en aquella fiesta y el efusivo amor que Kevin demostraba por Carla le recordaba cómo había fracasado su relación.

Así que, media hora después de llegar, decidió marcharse de la celebración sin decir adiós. Estaba saliendo por la puerta de la mansión cuando el sol de abril la hizo estornudar.

«Soy alérgica al amor», estuvo a punto de decirle al mayordomo que le había abierto la puerta.

-Voy a pedir un taxi -le contestó cuando este se ofreció a ir a buscar su coche.

No obstante, no se apresuró a hacerlo porque no tenía muchas ganas de volver a casa de su padre. Este también tenía una relación reciente, llena de amor y sinceridad, e Ivy se alegraba por él, pero le hacía sentirse incómoda.

Ella nunca tendría algo así, no volvería a engañarse. Iba a pasar página, así era la vida.

Bajó las escaleras y se detuvo a la sombra de un ciruelo a comprobar si le había llegado algún correo electrónico, con la esperanza de que la hubiesen convocado a alguna

entrevista, pero era sábado por la tarde, brillaba el sol y no le había escrito nadie. Toda la ciudad estaba al aire libre, disfrutando de aquel maravilloso día de primavera.

Ivy salió al sol y alzó el rostro hacia él, dejando que el calor la golpease de lleno. Había vuelto a casa. Aquello no era una segunda oportunidad, sino más bien el lanzamiento de una nueva Ivy. Una Ivy menos ingenua, que tomaba sus propias decisiones.

-Es publicidad engañosa -comentó una voz masculina.

El mayordomo preguntó:

-¿El Pagani?

Tomó una llave y casi echó a correr.

Ivy miró escaleras arriba y lo vio a él, mirándola como si se tratase de un emperador observando todo su territorio.

Según Kevin, el multimillonario chino, que rondaba la treintena, había sido su compañero de habitación en la universidad, pero Ivy lo vio bajar las escaleras como si se tratase de un depredador. Y no pudo evitar quedarse mirándolo fijamente.

Tenia el pelo moreno y corto, las cejas marcadas, la barba perfectamente recortada, que marcaba una mandíbula cuadrada y una boca seria, los pómulos prominentes y la piel bronceada, que resaltaba todavía más con el jersey color verde lima que llevaba puesto.

Ivy se fijó en su ropa porque realzaba su atlético cuerpo y sus musculosos hombros. Se había remangado y parecía recién sacado de una revista de moda. Solo le faltaba meterse una mano en el bolsillo de los pantalones chinos y mirar a la cámara.

¿Cómo estaría en ropa interior?

Avanzó hacia ella e Ivy sintió que la admiración se iba transformando en algo más visceral: deseo.

Y no pudo evitar pensar que jamás había sentido algo parecido por el hombre con el que había estado a punto de casarse.

Lo vio detenerse a la sombra del árbol.

-Me refería al tiempo -le aclaró él, haciendo una mueca-. Mañana llega una borrasca ártica que matará a todas estas flores, o fuertes lluvias procedentes de Hawái que las ahogarán. Todo el mundo piensa que este es el tiempo que hace aquí, pero no es verdad.

Estaba haciendo que se sintiese justo como Ivy no quería sentirse, como una adolescente frente a su primer amor, sin saber qué decir. Como una mujer que permitía que los hombres le dijese cosas que ya sabía. Y ella quería ser como aquella rubia que había tenido el valor de insinuarle a un hombre que, claramente, estaba fuera de su alcance.

-Lo sé -fue lo único que consiguió responderle-. Crecí aquí.

Él arqueó las cejas.

-He debido de entender mal. Pensé que Kevin había dicho que te había conocido en Hong Kong.

-Trabajamos juntos allí, sí.

Kevin y ella procedían de ambientes similares, de familias inmigrantes chinas de segunda generación, de clase media. Durante el año que Ivy había trabajado con él, Kevin había intentado ayudarla y la había tratado casi como a una hermana.

-Ocupé su puesto cuando se marchó -añadió, sintiéndose como una fanfarrona, pero dispuesta a superar los años en los que había permitido que le hiciesen sentirse inferior-. Hace seis meses acepté un traslado a Toronto.

Desde el punto de vista profesional había sido un error, pero al menos se había visto obligada a poner fin a una situación que llevaba minándola desde hacía tiempo.

-Mi padre vive aquí, así que he decidido volver a una vida con menos tráfico y más asequible. El fabuloso tiempo no es el mayor reclamo de esta ciudad -comentó sonriendo.

-Yo pensaba que era una ciudad sin ningún atractivo, pero estaba equivocado -admitió él, mirándola con apreciación-. ¿Te llevo a alguna parte?

Ella se ruborizó, se puso nerviosa solo de pensar en dar el paso.

Pero en el último momento permitió que las viejas costumbres le hiciesen tartamudear.

-Vivo en Richmond. Está demasiado lejos.

Porque era imposible que aquel hombre quisiese pasar ni un segundo más con ella. Aquello era lo primero que se le pasaba por la cabeza después de una tóxica relación a distancia de ocho años.

-Necesito una excusa para conducir -le respondió él en el momento en el que un descapotable azul cobalto se detenía justo delante.

Ivy se mordió el labio, presa de la tentación.

-Es el coche que una pareja de superhéroes utilizaría para perseguir a los villanos.

-Es verdad. Ni siquiera me acordaba de que lo tenía y he decidido llevármelo a casa porque casi nunca estoy aquí -le dijo él, abriendo la puerta del copiloto-. ¿De verdad vas a permitir que salve yo solo esta ciudad?

Ivy contuvo una carcajada. Aquel hombre no solo estaba fuera de su alcance, sino que parecía de otro planeta, pero ¿cuándo iba a tener otra oportunidad así?

-Si la ciudad nos necesita... -comentó ella, sentándose en el asiento, que era muy bajo y la hizo sentirse como una piloto de Fórmula 1.

Buscó las gafas de sol en el bolso. Las había comprado muy baratas a la vez que el vestido.

Él hizo lo mismo, pero con unas de diseño que le hicieron parecer todavía más sexy e inescrutable. Mientras se alejaban de la mansión, Ivy se sintió como una de esas mujeres atrevidas que se subían a la moto del chico malo de la película. Se sintió sexy y dueña de ella misma solo por estar con él en aquel coche, en aquel día tan estupendo.

Bajaron la colina y, al llegar a la carretera principal había una señal que les impedía ir hacia el sur y los obligaba a tomar un desvío.

-Parece una señal -le dijo él.

-¿Te refieres a su sentido literal? ¿O quieres decir que no debería mudarme aquí porque a esto es a lo que voy a tener que enfrentarme?

-Me refiero a que tenemos la oportunidad de disfrutar de este día tan magnífico. ¿Qué te parece si te llevo a casa por el camino más largo?

Ella hizo un ademán, indicándole que le parecía bien, divertida con la situación.

Él le demostró que se orientaba muy bien y pronto atravesaron un puente y rodearon la bahía Inglesa y se dirigieron hacia el parque Stanley. Desde allí, tomaron el puente de Lion's Gate y la autopista 99.

Con la falda ondeando al viento, el corazón acelerado y el pelo golpeándole las mejillas, Ivy sonrió mientras sonaba la música e iban adelantando a otros coches. La sensación era de total libertad, pero ella sabía que terminaría estropeándola.

-¿Sabes que te inmovilizarán el coche si conduces demasiado deprisa?

-Para eso tendrán que atraparme -le contestó él, pero levantó un poco el pie del acelerador.

-He trabajado como auditora legal, en riesgos laborales.

-¿Sigues trabajando en banca?

-Sí.

Ivy imaginó que se lo preguntaba porque Kevin había dejado el banco para el que había trabajado en Hong Kong para irse a una empresa privada allí en Vancouver.

-¿Y tú, a qué te dedicas?

Tenía una idea, pero quería saber cómo respondía un hombre así a aquella pregunta.

-En general, me dedico a proyectos de infraestructura internacionales. Tenemos muchos contratos relacionados con la nueva ruta de la seda. No obstante, soy presidente de un grupo que tiene una cartera muy variada. Mi padre empezó con equipos médicos y seguimos fabricándolos. Mi

tía tiene una cadena de distribución de bolsos que funciona ridículamente bien.

-¿Por qué te parece ridículo? Todas las mujeres necesitan un bolso que esté a la moda para llevar en él la cartera de su marido.

Era una broma tonta, una referencia irónica a todos aquellos hombres que se quejaban de tener que sujetar los bolsos de sus esposas en los centros comerciales, pero que después eran incapaces de llevar sus propias carteras en el bolsillo.

La expresión de Jun Li cambió.

-Había dado por hecho que estabas soltera porque te he visto sola en la fiesta.

Ella estuvo a punto de contarle su lacrimógena historia de desamor, pero se dijo que una mujer segura de sí misma no hacía ese tipo de cosas.

-Estoy soltera desde la pasada Navidad -le respondió-. ¿Y tú?

-Yo estoy soltero porque he decidido que ese sea mi estilo de vida.

-Ah. Entendido -le respondió ella en tono seco, tomándose como una advertencia.

Aunque tenía muy reciente la ruptura y no necesitaba que ningún otro hombre le dijese que no era lo suficientemente buena para que se casase con él. Al menos Jun Li había sido claro desde el principio.

Así que decidió disfrutar del momento y, cuando quiso darse cuenta, iban en dirección a Whistler.

-¿Hasta dónde vamos? -le preguntó él.

«Hasta el final», pensó ella, pero no tuvo el valor de decirlo en voz alta y vio que Jun Li tomaba la siguiente salida de la autopista, que llevaba a una atracción turística con un teleférico y un restaurante.

-Nunca he estado ahí arriba. ¿Y tú?

-Tampoco.

-¿Te parece que hoy es el día?

-¿Cuándo si no?

Unos minutos después estaban paseando sin prisa por un sendero interpretativo y disfrutando de las espectaculares vistas de las montañas.

-Me da igual que sea publicidad engañosa -comentó Ivy, colocándose en una plataforma que sobresalía en el aire-. Cuando es bonito, es bonito de verdad. Y para mí merece la pena, a pesar de los días malos.

-Yo prefiero evitar los días malos y aceptar los buenos como el regalo que son -le respondió él.

Quería besarla. Ivy lo sabía y también lo deseaba. Lo miró a los ojos. Ambos estaban sonriendo.

Ella prefirió no preguntarse qué significaba todo aquello. Aquel día era un regalo para los dos.

Cuando notó sus labios firmes, suaves y calientes, sintió que todo su cuerpo se cargaba de electricidad.

Pensó que aquella era otra oportunidad para pasar página. Si se dejaba llevar con Jun Li era muy posible que se olvidase de todo lo demás, y eso era exactamente lo que necesitaba.

La mujer cauta que había en ella, la que todavía anhelaba enamorarse, casarse y tener hijos, le advirtió que un hombre como él pondría la barra tan alta que ningún otro hombre podría igualarlo. Y la destrozaría sin tan siquiera intentarlo.

Ella le dijo a aquella voz que se callase y le devolvió el beso.

Se besaron hasta que ambos se quedaron sin aliento. Cuando él levantó la cabeza Ivy se dio cuenta de que sus cuerpos estaban muy pegados, estaban abrazándose.

Él se relamió.

-¿Qué te parece si te digo que te he besado movida por el despecho?

-Estupendo -le respondió él con gesto relajado-. Me marcho mañana por la mañana.

-Yo también.